

(Transcripción)

Roma, 25 de mayo 1970

Hacia la patria

Hoy se habla mucho del cristianismo como mensaje social. Es bueno y justo que se ponga de relieve este aspecto suyo. Puesto que Dios se ha hecho hombre, es lógico que Él esté interesado en todos nuestros asuntos. Por otra parte, la vida de Cristo es toda ella un ejemplo de sociabilidad.

Pero conviene recordar que lo que ha anunciado es también, y sobre todo, un mensaje espiritual. Los cristianos causamos enormes daños a nuestra fe.

Tenemos la valentía de amar alguna vez a Dios y a nuestros semejantes, de ser un poco buenos y honestos. A menudo rezamos. En fin, llevamos una vida que innegablemente tiene sabor cristiano.

Pero hay algunas verdades en las que pensamos demasiado poco o -confesémoslo- casi nunca, o sólo cuando no tenemos más *remedio*...

A mí me sucede también de vez en cuando -y lo considero una verdadera gracia- que abro los ojos y me percató de una verdad tan espléndida que mi mente apenas consigue acariciar, porque no puede abarcarla, es demasiado grande.

Y sin embargo me despierta, me sacude, me alienta y me hace exultar.

*Me percató hacia dónde voy.* Recuerdo que me anunciaron -y lo creo con todo mi ser- que si consigo observar las tareas que Dios me ha asignado, *iré... al Paraíso.*

¡El paraíso!

Pero ¿pensamos en él? ¿Nos damos cuenta de que esta tierra no es el lugar donde acomodarnos cada vez más, con menos molestias posibles en nuestra existencia? Más bien, ¿no es cada instante de nuestra vida un nuevo paso hacia otro reino, hacia otra tierra, hacia una patria en la que la felicidad que anhelamos, purísima y plena, la poseeremos para siempre?

¿Cómo será allí? Es mejor no arriesgarse a hablar de ello. Estropearíamos su realidad fantaseando vanamente. ¡Será... será.... Paraíso!

Hoy, una parte de la sociedad lo pone todo en cuestión. No se soportan las máscaras. Los esquemas se derrumban, los «pseudos» no se sostienen. Hay una desmitificación general de toda cosa o persona que hasta ayer era considerada como un ídolo.

Se reclama autenticidad y verdad.

Y si en el curso de nuestra historia y de la presente generación dejamos actuar a la providencia de Dios, veremos realizarse lo que piensa Boros, un escritor de nuestro tiempo.

Él afirma, después de haber hecho un análisis profundo y crudo, pero realista, del proceso del pensamiento y de las aspiraciones de los hombres de hoy: «El [hombre] contemporáneo no puede llamarse moderno si no encuentra a Cristo».

Así es. Autenticidad significa verdad y la verdad es Él, con todo lo que ha traído, con cuanto ha mandado, con lo que ha prometido, con el *lugar* que nos está preparando en *su* Reino.

Ésta es la realidad.

Pero entonces, si las cosas son así, ¡cuánta incoherencia en nuestra vida! ¡Qué alteración de valores! Actuamos como si no fuese verdad que quien hace un largo viaje hacia su casa querida, cuanto más se acerca a ella, más fuerte le late el corazón.

Pero, ¿quién es más afortunado y, por tanto, más feliz? ¿El niño y el joven, que tienen que pasar la prueba muchas veces larga de la vida, con sus alegrías, sí, pero sobre todo con sus ineludibles dolores? ¿O la persona madura, y más todavía la anciana, que se está acercando a la puerta del abrazo pleno con el

Amor, que siempre ha buscado aquí confusamente, pero que dentro de poco encontrará cara a cara y poseerá eternamente?

Cuando aparecen las primeras canas, cuando los miembros cansados avisan ya de que no sostienen como antes, cuando la edad avanza y los años aumentan, ¿cómo es posible que todo esto, incluso a los cristianos, nos traiga un sentimiento de melancolía y de tristeza?

Se comprendería si pensáramos que todo esto son los primeros síntomas de la vida que se va.

Pero si no es así, porque no lo es, ya que la mayor aventura para la que un día hemos aparecido sobre este planeta está todavía por comenzar, ¿cómo justificar nuestro modo de actuar? ¿Dónde ha ido a parar nuestra fe?

¿No se ha convertido nuestra actitud en la del materialista, que no cree más que en aquello que toca y ve? «Mi reino *no* es de este mundo» (Jn 18, 36), dijo Jesús a Pilatos, precisamente para que, entre otras cosas, no temiera que lo destronara aquí en la tierra.

¡Oh, no! La muerte existe, pero después viene la Vida, la vida plena que no terminará nunca.

Y si es necesario pagar un pequeño o incluso un gran precio para alcanzarla, ¡bien lo merece! Con el estilo de su época, el «pobrecillo» de Asís, que veía las cosas con claridad, decía: «Es tan grande el bien que anhelo, que toda pena me regocija».

Es fea la crisálida en su transformación, pero después será mariposa.

Así sucede con nosotros, los hombres. Cuanto más nos parece que algo habla de «fin» o de «muerte», más debemos recordar que lo que anuncia es vida.

Ésta es la pura verdad.

Y a ella pienso que muchos debemos convertirnos de nuevo para difundir en el mundo, con alegría y satisfacción, cordura y sabiduría que son frutos de la experiencia.

Y aun cuando, próximos al vuelo y cerca del «día natalicio», no supiéramos repetir nada más que las palabras del apóstol Juan, ya anciano: «Amémonos unos a otros», serían mucho más elocuentes y mejores que todos los grandes discursos de nuestra vida, cuando la juventud y la fuerza nos acompañaban.

Y a la humanidad, que todavía en camino está a la espera, le haríamos el mayor servicio y el más luminoso.

*Chiara Lubich*